

# Utopía y Praxis Latinoamericana

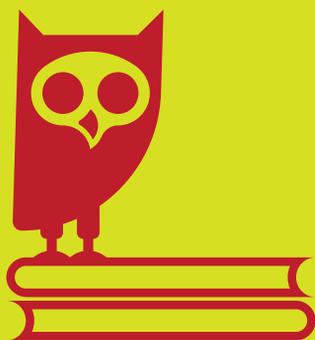
Dep. legal: ppi 201502ZU4650

*Esta publicación científica en formato digital  
es continuidad de la revista impresa*  
ISSN 1315-5216

Depósito legal pp 199602ZU720

## Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social

Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela  
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales  
Centro de Estudios Sociológicos y Antropológicos (CESA)



AÑO 21, N°72

Enero - Marzo

2 0 1 6





## ENSAYOS

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA. AÑO: 21, N.º. 72 (ENERO-MARZO), 2016, PP 103-111  
REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA Y TEORÍA SOCIAL  
CESA-FCES-UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA.

# Tragedia, Phrónesis y Educación por la Experiencia

*Tragedy, Phronesis and Education by means of Experience*

**Mauricio BEUCHOT**

*Instituto de Investigaciones Filológicas, México, D.F.*

### **Resumen**

En este artículo se trata de plantear la recuperación de la educación de los sentimientos. Antiguamente se hacía a través de la tragedia, que se dirigía al equilibrio de las pasiones. Ahora habría que buscar algo nuevo, pero siempre tiene que ver con la experiencia. Se trata de la experiencia de la humanidad, la cual tiene que ser aprovechada para la educación.

**Palabras clave:** tragedia; phrónesis; educación; experiencia.

### **Abstract**

In this article is intended the proposal of recovering the education of feelings, which has been neglected. In the ancient times this was done by the tragedy, directed to the equilibrium of passions. Now it would be necessary to adopt another means, but it always has to do with experience. It deals with the experience of humanity, which has to be profited for the education of people.

**Keywords:** tragedy; phronesis and education by means of experience.

## 1. PROPÓSITO

En este artículo intentaré exponer la conveniencia, para la educación, de una hermenéutica analógica, esto es, articulada mediante la noción de analogía. Esta noción se coloca entre la univocidad y la equivocidad. Una hermenéutica unívoca se pretende plenamente clara y distinta, una hermenéutica equívoca se abandona a la completa ambigüedad y al relativismo excesivo. Hay que superar ambos extremos. Esto se coloca en la línea de la *phrónesis*. Y ésta era usada, en la Grecia antigua, para la educación.

Se busca ahora vincular la experiencia con la educación, cosa que ha estado muy presente en las mentes de los pedagogos en la historia. Pues bien, desde antiguo se pensó que una manera de hacerlo era mediante la tragedia, como en los griegos, y precisamente para formar la *phrónesis* o prudencia, que era la que se formaba con la experiencia y con la praxis, y era justamente la virtud que hacía asimilar la experiencia y la praxis en el transcurso de la vida humana.

Así, pues, intentaré vincular la tragedia con la educación. En la *paideia* antigua se trataba de formar al individuo en la *phrónesis* o prudencia. Ésta no se podía enseñar con receta, con reglas, como si fuera una técnica; era una virtud que se tenía que adquirir con el esfuerzo y la práctica, con la repetición y la imitación de modelos. Se pensaba que la *phrónesis* era la que usaba el héroe para superar la tragedia, para salir de ella. Por eso la *phrónesis* estaba conectada con la tragedia, y ésta con la educación. En definitiva, lo que se trataba de hacer al educar era conseguir un individuo *phrónimos* o prudente. La misma tragedia servía para educar en ese sentido. Y, como la *phrónesis* es proporción o analogía, la analogía era la que ayudaba a salir de la tragedia. Por consiguiente, se educaba en la analogía, en el sentido de lo analógico o proporcional, que es lo que puede encontrar la salida.

## 2. LA PHRÓNESIS TRÁGICA

Toda cultura es una estructuración de la experiencia humana. En la Grecia clásica estaba relacionada con la tragedia. La sabiduría trágica nos conmueve porque pone frente a nosotros una situación que nos planteamos como posible, como algo semejante, análogo. Nos afecta la semejanza, nos conmueve porque nos colocamos en la empatía o en la posibilidad de algo parecido, de algo análogo. Al ser espectadores de una tragedia, la representación del hecho trágico embona con nosotros por el lado de la semejanza. Nos imaginamos lo que el personaje sufrió, experimentó, vivió. Al reproducirse en nosotros lo que ocurrió a otro, al personaje de la tragedia, estamos identificándonos con él, o más bien asimilándonos a él, esto es, asemejándonos a él, analogándonos a él, realizando la analogía.

En eso consiste la empatía que actualiza el *pathos* de la tragedia. Gracias a ella se da la catarsis. La catarsis es la purificación que se efectúa en el espectador en relación con sus pasiones, un equilibrio o proporción (analogía) de sus pasiones, un equilibrio pasional, para que no sean (como dice Aristóteles en la *Poética*) demasiado débiles ni demasiado fuertes. Es una postura analógica, ya que Aristóteles es el filósofo de la medida, de la proporción, de la analogía.

Es lo que Vico y Kant llamaron el *sensus communis*, que es la capacidad de ponerse en el lugar del otro, para tratar de experimentar lo mismo. Es lo que Hannah Arendt resaltó en la perspectiva kantiana. Ella lo relaciona con la *phrónesis* aristotélica y el juicio reflexionante kantiano. Porque es algo en lo que, desde lo particular, pasamos a lo universal. Universalizamos sin concepto objetivo, a partir de nuestra individualidad subjetiva; y, por lo demás, no tenemos otra forma de hacerlo, ubicados como estamos en nuestra singularidad. Sin embargo, desde lo subjetivo, atinamos a lo objetivo.

En la actualidad hay muchas tragedias, pero una de ellas, bastante fuerte, es la de la pérdida de sentido que nos trae la globalización. Heidegger veía la tragedia en la técnica, que iba a dejar al hombre

vacío, masificado. Es lo que su alumno H. Marcuse llamó el hombre unidimensional. La única dimensión que la técnica dejaba al hombre era la manipulación que el capitalismo hacía del ser humano. Por ejemplo, no queda tiempo libre, todo está dedicado a la red, a los medios masivos de comunicación. Las nuevas tecnologías manipulan, hasta el punto de hacer creer que tiene libertad, posibilidad de elección, cuando es manipulado para elegir una cosa y no la otra. Y lo que hace el post-capitalismo en el consumo lo hace en la política, ya que hasta los gobernantes son promovidos por los medios de comunicación.

Es, en definitiva, la falta de sentido. Las nuevas tecnologías son las que imponen el sentido, su sentido. Es perder la realidad, como ya predecía Nietzsche y señala Vattimo, y, como dice Heidegger, es perder la verdad del ser. Es la pérdida del sentido del ser, estar en el ser sin sentido. Heidegger encuentra la salvación o salida en Hölderlin, en la poética. Pero también en la *phrónesis*, que igualmente se distingue de la *techne*, e incluso (según Gadamer) se le opone. Heidegger no sólo compara la *techne* con la *poiesis*, sino también con la *phrónesis*. Es la *phrónesis* la que saca de la tragedia, es la que salva de la tragedia inmediata. La *phrónesis* es la virtud que nos hace ponernos a la altura de las circunstancias, con la que afrontamos bien una situación. Es la que nos hace salir airosos de una situación difícil, de un contexto en el que nos encontramos en un predicamento.

En la Grecia clásica, la tragedia servía para educar. Y lo hacía inmejorablemente. Presentaba las cosas de la vida de una manera directa y fuerte. Los ciudadanos, los espectadores, recibían una educación intensa con ella. Inclusive Platón se llegó a preguntar si la filosofía tenía algo que hacer junto a la tragedia, ya que la filosofía no tenía el pathos que aquélla. Quizá por eso Platón trató de dar a su filosofar (como lo hará mucho después Nietzsche) una forma teatral o dramática. Ciertamente la forma filosófica pervive, incluso sobrevive a la tragedia; pero ha perdido el pathos. Por eso la filosofía tiene que recuperarlo, a través de su recuperación de la idea de la tragedia, de presentar al héroe luchando con su destino, tratando de superar los lances, las dificultades, las peripecias; sobre todo, tratando de sobrellevar los sufrimientos y de superar la situación trágica, dándole una respuesta con la *phrónesis*. De acuerdo con ello, se educaba para la *phrónesis*, para adquirir esa virtud que hacía salir de la tragedia, superar los dilemas, ponerse contra el destino, estar a la altura de las circunstancias. Tal era el ideal de la educación griega.

### 3. TRAGEDIA Y EDUCACIÓN

Ya que la educación es articulación de la experiencia, ésta se da desde el hogar, y hasta allá tiene que llegar. Por eso he trabajado sobre la pedagogía analógica de lo cotidiano con su impulsor, Luis Eduardo Primo Rivas, y haré algunas reflexiones a propósito de ella. La hermenéutica analógica está presente en su planteamiento, por eso es una pedagogía analógica que se encabalga en la pedagogía de lo cotidiano. Pero también asume la tragedia como algo real y cotidiano, sólo que, a diferencia de otros, le busca salida, con la *phrónesis*.

Esta pedagogía tiene un elemento fuerte de solidaridad, solidaridad que está basada en una concepción del hombre que le subyace, esto es, en una antropología filosófica. Esa antropología filosófica aprovecha una investigación hermenéutica, precisamente conducente a una metafísica, una nueva metafísica. Una hermenéutica analógica lleva a una metafísica analógica. Al querer recuperar la metafísica, está en la línea de Jean Grondin.

Ocupa la idea del “estar en situación”, de Jaspers y Freire. Es algo fenomenológico, pero también hermenéutico. Se trata de una hermenéutica no sólo para interpretar el mundo, sino también para transformarlo, como quiere la tesis 11 sobre Feuerbach, de Marx. Por eso no tiene que estar reñida con la política; la hermenéutica no tiene por qué ser apolítica, como acusó Habermas a Gadamer y a Ricoeur.

El lado metafísico de la educación lo recupera la hermenéutica, ahora que se ha insistido mucho en la ontología. Educación y ontología se encuentran en horizontes diferentes, pero Gadamer señaló la posibilidad de la fusión de horizontes. La pedagogía supone una antropología filosófica, y ésta se basa en una ontología.

La pedagogía de lo cotidiano amplía la noción de la educación, más allá de la escolarización. Tiene un realismo como adecuación del pensamiento con lo real. Es un conectar la hermenéutica con la ontología o metafísica, para fundamentar la pedagogía. Es un pensamiento realista, de referencia o correspondencia con la realidad. Recupera la adecuación del pensamiento y del lenguaje con la realidad.

En efecto, lo cotidiano tiene un papel ontológico. Sin la dimensión de lo cotidiano, no podemos hacer nuestra labor intelectual más trascendente o superior. Por eso es necesaria la metafísica, para tener un mapa, unas fronteras, unas directrices para movernos en la realidad. También faltaría atender a la filosofía de la historia y a la antropología filosófica (cosas todas que los posmodernos llamaron metarrelatos o grandes narraciones).

Lo cotidiano tiene aspectos banales, que se superan o trascienden con la escuela, sobre todo con la universidad. Pero es labor de la pedagogía de lo cotidiano ampliar esos horizontes en la escuela, abrir a nuevos horizontes. Con ello se subsumirá lo cotidiano en niveles culturales más elevados, profesionales, de manera fundada teóricamente y operativa prácticamente.

Hay que superar el individualismo, sobre todo con el ideal de la justicia, de una distribución más equitativa. Lo mismo que tenemos que salvaguardar la defensa de la libertad y el individuo, tenemos también que salvaguardar la comunidad; se necesita más sentido de la comunidad, hacer algo más comunitario. Aquí se plantea el problema de la educación política.

¿Debe haber una educación política? Más bien hay que educar para que se tomen decisiones políticas. Esto es, lograr una autonomía de la persona, formar un criterio, para que los alumnos aprendan a buscar por sí mismos su opción. Por supuesto, no imponer, sino presentar. En eso consiste la deliberación y la formación para deliberar. Por eso, la educación política debe darse, pero no debe ser imposición de una corriente política, o adoctrinamiento en una de ellas, sino habilitación para saber decidirse por alguna.

Ahora la tragedia es no tener ontología, no tener una verdadera antropología filosófica. Claro que se tiene una, pero es la del consumismo, que enajena al hombre, impide nuestro trabajo intelectual, o lo limita mucho. Hay que salir a una visión del hombre más abierta, y para eso nos ayuda la metafísica, que nos dice qué es el ser humano, nos amplía los horizontes, nos abre camino. Si antes la *phronesis* era la que sacaba de la tragedia, lo hacía por estar supeditada a la ontología. Por eso ahora necesitamos de la metafísica, para salir de la tragedia en la que estamos.

La ontología es algo aconsejado por la *phronesis* (para no perdernos) y, además, construida por la *phronesis* (por eso es una ontología analógica, porque la analogía siempre ha ido del brazo de la *phronesis*). Es una metafísica analógica, con la suficiente capacidad para sacarnos del equivocismo en el que nos encontramos, sin condenarnos al univocismo en el que estuvimos. Ya es hora de probar una ontología diferente, en la línea del analogismo, de los límites de lo unívoco y lo equívoco; esos límites nos señalarán las lindes de nuestro campo ontológico, que, por ello mismo, será analógico.

La hermenéutica desemboca en una ontología, sobre todo una hermenéutica analógica. La analogía le dará el ser una ontología no prepotente ni rígida, sino dúctil y maleable. Pero será ontología, una ontología analógica también, como la hermenéutica a la que acompaña. Tal es el trasfondo de la educación: educar en una concepción del hombre, en una antropología filosófica, que es una ontología de la persona, ontología y hermenéutica aplicadas, y ambas analógicas.

#### 4. EDUCACIÓN Y CONOCIMIENTO

Si se educa para saber, para asimilar y aun superar una cultura, la educación tiene que ver con el conocimiento. Como vimos, realiza la articulación de la experiencia. Por ello, está vinculada a la teoría del conocimiento. Es evidente que también está vinculada a una antropología filosófica, pues se educa según una idea del hombre que se tiene; pero aquí veremos más bien la conexión que se da con la gnoseología, epistemología o crítica del conocimiento.

El hombre es un ser que conoce. Se le enseña a conocer, eso es el objetivo de la educación. El conocer es sensible e intelectual. El sensible colecta los fenómenos empíricos, particulares y movedizos, y el intelectual realiza los conceptos o ideas que nos formamos a partir de ellos, y que son universales y abstractos. El intelectual, además, tiene dos niveles, el propiamente intelectual, que es el que hemos mencionado, el cual se refiere directamente a las cosas y hace juicios sobre ellas, y el racional, que realiza inferencias a partir de los juicios emitidos. De esta manera, el conocimiento incluye conceptos, juicios y raciocinios.

Pero el juicio es la parte central del conocimiento, y todo se resume en él, ya que los conceptos son preparación para los juicios y los raciocinios son concatenaciones de juicios de modo que haya consecuencia (antecedentes y consecuentes, o premisas y conclusiones). Por eso lo que hay que educar es el juicio, el criterio. Hay que enseñar a juzgar, a desarrollar la facultad de juicio, y a hacer crítica, ya que el juicio y la crítica están íntimamente vinculados, no en balde en griego "juicio" es *krinein*, del cual viene "crítica" también.

En consecuencia, el objeto de la educación es el juicio, el criterio. Se enseña a formar el juicio, a formar el criterio. Y el juicio está muy relacionado con la analogía, pues la analogía enseña a comparar, a asemejar y a diferenciar, como resultado de lo cual se puede afirmar o negar, de manera matizada, algo de algo. Y la matización es fundamental para conocer y juzgar, porque se tiene que conocer de manera diferenciada, matizada, proporcional, y "proporción" se dice en griego *analogía*. Es el conocimiento crítico.

De esta manera, una hermenéutica analógica, con su acto de juzgar proporcionalmente, de manera matizada, es una buena maestra, que enseña a distinguir para poder unir, a encontrar las diferencias para poder encontrar las semejanzas, y llegar a un juicio ponderado, matizado, proporcional o analógico. Y tal es el núcleo de la enseñanza, de la formación, de la pedagogía. Por eso la hermenéutica analógica puede orientar en la labor pedagógica. Pero no sólo tiene que ver con los conocimientos, la analogía también tiene que ver con los sentimientos, porque es mediadora y conecta todos los aspectos del hombre, y los sentimientos son algo que hay que educar.

#### 5. EDUCACIÓN Y SENTIMIENTO

Antiguamente se hablaba de la educación de los sentimientos, la cual sólo se puede efectuar a partir de la experiencia de la vida. Ahora se ha abandonado mucho. Hay que atender a ella, pues los sentimientos repercuten en el conocimiento. El juicio que hacemos lleva un buen monto de los sentimientos que teníamos al hacerlo. No es emocionalmente neutral, sino que está cargado de elementos afectivos.

Si la tragedia griega, según Aristóteles, servía para equilibrar las pasiones, para quitar el exceso y el defecto de las mismas, eso servía para llevar a la virtud, y para tener ponderación de juicio, deliberación acertada; no en balde la deliberación (que es la búsqueda del juicio práctico) era tanto una parte de la prudencia como un aspecto de la retórica (elemento de la educación). Y era ciudadano el capaz de deliberar, por lo cual la capacitación para la deliberación, que es la formación del juicio, era la finalidad de la educación.

La tragedia, entonces, también aludía al conocimiento, al juicio, para formarlo. Especialmente al contacto con los sufrimientos, con las afecciones. Balanceaba las pasiones, ya que el exceso y el defecto son viciosos, y el equilibrio, virtuoso. De este modo servía para conectar a los espectadores con el criterio de

la comunidad, que era el sentido común de esa sociedad. Daba a cada uno, de manera viva, los tópicos que le servirían para argumentar, para deliberar sobre las acciones, encontrar la más conducente y convencer o persuadir de ella a los demás.

Y tal ha sido siempre el objetivo de la educación: hacer que el individuo, el ciudadano, asimile o introyecte el sentido común de su sociedad, el criterio colectivo, la capacidad de juicio que lo conecte con los demás, en la convivencia política, como vio Kant al *juicio reflexionante* mucho tiempo después, pero que era el que hacía que, sin conceptos claros, se llegara a la objetividad, sin la cual no es posible la supervivencia ni del individuo ni del grupo. Mas, para no quedarnos allí, en la sola sobrevivencia, hemos de añadir que, sin eso, tampoco es posible el progreso (material y moral) de la sociedad en la que se vive, en la que se actúa y para la cual se forman los que se educan en ella.

Mas para todo esto se requiere, como se evidencia ya, la analogía, que es la que da la proporción o medida para integrarse e incorporarse a ese sentido común o criterio colectivo de la sociedad. De ahí que sea tan pertinente una hermenéutica analógica para la educación. En cuanto hermenéutica, tiene que ver con el juicio y su formación, ya que la interpretación es un juicio, como lo hace ver Aristóteles en su *Peri hermeneias* o *De interpretatione*, que muchos tradujeron como *De la enunciación*, y que trata singularmente sobre el juicio.

## 6. HERMENÉUTICA Y PASIONES

Lo que modula las pasiones o sentimientos es la prudencia, la cual se fundamenta en la experiencia. Se ha tratado de elaborar hermenéuticas éticas de la pasión. Es decir, se acepta que hay una interpretación de la pasión; pero no solamente en cuanto tal, por ejemplo con interés antropológico, sino en vistas a la ética, lo cual cumple con el antiguo afán de comprender al hombre para ver qué ética le puede cuadrar; y no hay cosa más necesaria para ello que tratar de comprender su mundo pasional, pues casi siempre se ha contado con su mundo intelectual o racional. Para edificarle al hombre una ética que le sea adecuada, hay que conocerlo y comprenderlo primeramente a él, en todas las dimensiones de su ser. Y una de ellas es la pasión. No olvidemos que el mismo Descartes, además de sus obras para la razón, como el *Discurso del método*, elaboró un *Tratado de las pasiones*.

Hay que abordar, antes que nada, la semántica del término "pasión", que tiene el sentido de padecer, de recibir o soportar algo. Además, sobre la pasión se pueden hacer preguntas antropológicas, relativas al puesto de las mismas en el hombre; preguntas epistemológicas, sobre el acceso cognoscitivo a ese difícil y huidizo objeto de estudio; y preguntas hermenéuticas, acerca de cómo hemos de interpretar el texto pasional del hombre, que es lo que nos interesa, lo cual, además, se nos conecta con la ética, que no podemos excluir de la educación. Porque la educación de los sentimientos y las pasiones conlleva una ética.

De inmediato se nos presenta la pasión del *deseo* como algo semántico, como un significante en busca de su significado. Y aquí aparece el tema de la independencia y autonomía del significante, con resonancias lingüísticas y estructuralistas lacanianas, ya que Lacan insistió mucho en la prevalencia, si no es que autosuficiencia, del significante en relación con el significado. Aunque más bien se despliega como la mediación simbólica que se da en la pasión, ya que el ser humano ha expresado la pasión en símbolos, o tal vez haya que decir que la pasión se ha expresado en símbolos para el hombre. Y también se aborda la pasión por la mediación simbólica, ya que el símbolo tiene igualmente su notable monto de pasión; no es algo que se capte únicamente por el entendimiento o la razón, sino que toca la pasión, la emoción, el sentimiento.

Asimismo, la pasión se nos manifiesta como algo intermedio entre la necesidad y el deseo, que constituyen los caminos del gusto y la adicción. Sabido es que Lacan distingue la necesidad, la demanda y el

deseo. Para llegar al deseo hay que pasar por esos estadios o etapas. Pero la necesidad es primitiva, sujeta a la adición, mientras que el deseo va incluso más allá de la demanda, la supera, y se coloca como lo que propiamente puede dar gusto, constituir algo más humano. Por eso se ha llegado a hablar de una pasión perniciosa, que es precisamente la que ata a la necesidad, y oprime o suprime el deseo; en cambio, también se habla de una pasión benéfica, la cual pasa precisamente en sentido contrario: de la necesidad al deseo, y constituye la fuerza de la libertad.

Y, una vez que es posible la libertad, tiene sentido hablar de ética, pues la ética presupone la libertad (al menos cierta libertad). De otra manera, todo sería ciega *ananke*, destino sin salida. La necesidad obliga de manera diferente que la ética, que exige libertad. Por así decir, nos obliga a ser libres. Nos plantea la posibilidad de la decisión. Por eso algunos hablan de la verdad o falsedad de las pasiones, entendidas como la adecuación o inadecuación a las situaciones humanas; la pasión tiene su propia semántica, y debemos añadir que tiene su lógica y su epistemología, pero tenemos que reducirla a las nuestras, para poder entenderla. Hay ocasiones en que se da engaño en cuanto a las pasiones, y, para no sufrir, hay que efectuar algunas correcciones.

Pero, ya que la ética supone también finalidad, no se puede dejar de lado la teleología humana, que se despliega de modo privilegiado en su intencionalidad. El hombre es un núcleo de intencionalidades. Las pasiones tienen sus objetos, son tendencias. Esas tendencias tienen dos polos: uno es el de Apolo y otro es el de Dioniso. Son extremos y buscan un medio, que les será dado por Eros. Este último evita la univalencia y la polivalencia, y la deja en plurivalencia, que es valencia múltiple pero con límites y con rangos. (Aquí se aplica la analogía de atribución.)

También hay que equilibrar *Ethos* y *Pathos* en la educación. Según los griegos, el *pathos* es la vivencia de la pasión, y todo lo referente a las afecciones del hombre. El *ethos* es la costumbre, la moral, la posibilidad de la ética, lo que humaniza las pasiones. Hay que hacer que las pasiones estén al servicio de un cierto fanatismo, pero fanatismo en buen sentido, es decir, la entrega apasionada a algo. Es una forma de sublimación, porque la pasión es una pulsión que requiere ser sublimada. Es supeditar la pasión al buen juicio o *phrónesis*, y a valores o ideales. Aquí se ve una extraña presencia de la alquimia, que tenía como propia la sublimación. Alambicar y destilar, hasta obtener lo más precioso de los metales. Esto es de lo que se trata. Para obtener lo más precioso de nuestros dinamisismos psicológicos, tenemos que sublimar. El propio Freud lo ponía como un camino. Más allá de la represión y del libertinaje está el encauzamiento, la sublimación. Pone límites y jerarquiza, cual es el programa que se ha propuesto la educación para el impulso pasional, para ordenar el mundo de las pasiones.

Ahora que tan olvidada ha estado la educación de los sentimientos, que tienen como base las pasiones, es necesario volver la vista a esta dimensión tan profunda del ser humano. Es necesario tratar de la educación de las pasiones, de una sublimación adecuada, que no nos hunda en la represión o inhibición, pero tampoco nos desboque en un falso e inadecuado desbordamiento del libertinaje, que tanto Nietzsche como Freud tenían por decadente e inútil.

Recientemente se ha vuelto la vista a esa educación de los sentimientos, como lo ha hecho, por ejemplo, Jesús Conill, estudioso de Nietzsche, que se basa en él para hacernos ver que las pasiones no son para ser desperdiciadas en derrames inútiles de libertinaje, porque eso es un nihilismo muy torpe, el que el filósofo alemán llama decadentismo, sino para ser orientadas con mucha disciplina, a veces más de la que nos imaginamos en él. También habría que aplicar aquí las enseñanzas de Freud acerca del encauzamiento de la pulsión y de la sublimación de las pasiones. Y las aportaciones de otros psicoanalistas más recientes. Pero todo eso se coloca, en definitiva, en la línea de lo que recientemente se ha llamado la ética de la pasión. Lo cual requiere de la educación, es una asignatura de la pedagogía. Y también se coloca en ella la hermenéutica, porque no en balde Hermes era el que lograba contentar o concordar a Apolo y a Dioniso, hermanos que, como tales, se peleaban, por sus cualidades opuestas, pero él les servía de mediador.

## 7. RECUPERACIÓN DE LA EXPERIENCIA

En todos estos pasos que hemos dado ha estado presente la experiencia. Desde siempre ella ha sido la fuente del conocimiento, como lo señalara Aristóteles. Pero de lo que se trata es de estructurar ese conocer experiencial de modo que se vaya articulando de manera consistente.

Una de esas formas de cohesión se dio a través de la formación de virtudes. Ellas dependían de la experiencia y la praxis, sin quedarse en la mera repetición de actos, sino logrando dar al ser humano un hábito que lo cualificaba como capaz de hacer bien algo. En este caso, era la prudencia aquella virtud que se ocupaba en la disposición de la experiencia adquirida.

La misma tragedia era uno de los caminos para suscitar en los individuos la virtud, como se hizo en la Grecia clásica. Fue lo que supo ver claramente Nietzsche, que tuvo en tan gran aprecio el pensamiento trágico, hasta el punto de plantear en esa línea su filosofía.

Pues bien, el héroe trágico era un *phrónimos*, un prudente. Se oponía al destino, sin poder nunca ganarle, pues hasta los dioses estaban sujetos a él. Pero todo lo que hacía tenía que hacerlo con prudencia, para oponerse a la ananké, aun sabiendo que nunca iba a triunfar. Por lo menos era un ideal de vida, un paradigma de ser humano, al que los otros se esforzaban por imitar.

Los griegos vivían sujetos al destino, por eso no les preocupó demasiado filosofar acerca de la libertad del hombre. Si acaso la veían como algo de la política, pero no de la moral. Sin embargo, promovían el cultivo de las virtudes en el individuo. Ya con el paso de la historia, se tuvo más conciencia de la persona y de su libertad, y entonces la prudencia fue propiamente la virtud que ayudaba a sacar lecciones de la experiencia, de la vida.

En la misma historia, hasta la Ilustración, la formación de virtudes, principalmente de la prudencia, tenía que ver con la educación de los sentimientos. Ahora se ha dejado de lado este aspecto de la pedagogía, aunque se trata por muchos medios de recuperarla. En el fondo es recobrar la enseñanza por la experiencia. Y, aun cuando es una asignatura que casi tenemos pendiente, la educación del mundo emocional del hombre se presenta como perentoria. En esto volverá a tener un papel importante la prudencia. Quizás ya no se eduque a través de la tragedia, aunque ha habido intentos de hacerlo, como se ha visto, por ejemplo en la filósofa Martha Nussbaum, connotada aristoteliasta y feminista, preocupada por la educación a través de la lectura de buenas piezas de la literatura, lo cual no deja de hacernos recordar la educación mediante las piezas trágicas, sobre todo para lograr la catarsis y equilibrar las pasiones, esto es, los sentimientos, el mundo interno del hombre, cargado de lo emocional.

Por eso se vislumbra un nuevo tipo de educación, no solamente del intelecto, sino también del afecto. No en balde se habla mucho de la vuelta de la noción de virtud a la pedagogía, y la prudencia volverá a ocupar un lugar de principalidad en ello. Es la educación por la experiencia, por la praxis, que tiene como cauce la formación de las virtudes.

## 8. CONCLUSIÓN

De esta manera vemos cómo la analogía, esto es, una hermenéutica analógica, puede ayudarnos a salir de la tragedia cultural e, incluso, ontológica, en la que nos encontramos. Es recuperar la formación basada en la experiencia. Antiguamente se decía que la *phrónesis* era la que hacía al héroe enfrentar la tragedia e incluso salir de ella. Ahora se nos manifiesta como una ontología basada en la *phrónesis*, esto es, que es dúctil, obediente a la realidad, y no impositiva o monolítica. Y, ya que la educación es la que mejor nos puede hoy en día sacar de la tragedia en la que nos encontramos culturalmente, por ello, una hermenéutica analógica es lo que estamos necesitando para la pedagogía.

La tragedia es tanto la univocidad como la equivocidad, esto es, la univocidad de lo fatídico y la equivocidad de las situaciones en las que no sabemos a qué atenernos. Y sólo nos saca de ella la analogía, lo analógico, un conocimiento analógico de lo que puede sacarnos de una y otra alternativa. Por eso la analogía nos saca de la tragedia, era lo que servía al héroe, como *phrónesis*, para encontrar la salida. En ese sentido la educación o *paideia* es educación en la *phrónesis*, en la virtud, en la proporción, en la analogía. Y por eso una hermenéutica analógica es la que puede ayudarnos en el tema de la educación, es la que puede darnos el sentido auténtico de la *paideia*. Nos sacará, dialécticamente, de la inopia de nuestro tiempo, con su ya prolongada crisis cultural, hacia mejores ámbitos, en donde se pueda encontrar una situación más prometedora, después de nuestra tragedia contemporánea; y en eso tendremos, sin duda, una aplicación de la hermenéutica analógica.



UNIVERSIDAD  
DEL ZULIA

---



Utopía y Praxis  
Latinoamericana

AÑO 21, N° 72

Enero - Marzo

*Esta revista fue editada en formato digital y publicada en marzo de 2016, por el **Fondo Editorial Serbiluz, Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela***

[www.luz.edu.ve](http://www.luz.edu.ve)

[www.serbi.luz.edu.ve](http://www.serbi.luz.edu.ve)

[produccioncientifica.luz.edu.ve](http://produccioncientifica.luz.edu.ve)